

# DIAS DE LIBROS Y ROSAS

Todo empezó aproximadamente hacia el lunes día 20. De pronto, los informadores de la crónica local se encontraron ante el dilema de asistir a la presentación de la versión española de la colección *Que-sais-je?* (de Oikos-Tau), con Manuel Ibáñez Escofet como maestro de ceremonias, o a la presentación del libro de Nuria Pompeya «Y fueron felices comiendo perdicés» (editorial Kai-rós), con Salvador Paniker como maestro de ceremonias. Días antes se había dado el *Grand Prix* de la literatura catalana a Joan Oliver «Pere Quart»; medio millón de pesetas concedido por el *Omnium Cultural* al Gabriel Celaya catalán; un poeta alto, en todos los sentidos de la palabra, y, sobre todo, en el civil. Impresionante anciano de setenta años erguidos, barbados y canosos; con maneras de la aristocracia textil de su abolengo Sallarés, curiosamente reformadas (y, sin duda, enriquecidas) por las batallas de la guerra civil, un duro exilio y el regreso para ganarse una cotidiana vejez como negro de editorial. Eran años mucho más duros que los actuales y no bastaba ser uno de los máximos poetas catalanes vivientes para merecer el mecenazgo de los celosamente conservadores neo-padres de la patria. La tarea común era salvar la lengua, ¿pero también la «mala lengua» de Pere Quart?

De la noche a la mañana Pere Quart ha conquistado las primeras páginas y el ciudadano medio comprueba que esta es una tierra de Ferias y Congresos, Archivo de la Cortesía, etc., etc., pero también de poetas. Carner pasea sus desmemorias por las Ramblas y Pere Quart crea a su paso la expectación de viejo y amable rey de un reino afortunado. Joan Brossa sale del exilio de su buhardilla y parece sorprenderse de que el parque nacional haya aumentado tanto desde la última vez que contempló la calzada con una cierta afición. Debí ser hacia 1939.

Y más poetas. Muchos más. Se prepara una poética noche.

## Setenta y nueve poetas catalanes, setenta y nueve, leerán sus poemas al público asistente al Gran Prix

La fiesta popular de la poesía, un grave «show» de gente seria, en situación de remedar las lectu-

ras de Evtuchenko ante 10.000 auditores.

Pero hay más poetas. Cubanos. EDICIONS 62 PRESENTA:

ANTOLOGIA DE POETAS CUBANOS, a cargo de JOSE AGUSTIN GOYTISOLO

Y este galán vasco-catalán ha conseguido que el cónsul ofrezca unas botellas de ron cubano para la fiesta de presentación. Rostros repetidos. Casi todos estos rostros estaban ayer en la presentación de *Santa Ava de Abbis Abeba* de Cargenio Triás, con Luis Carandell como maestro de ceremonias. Y serán los mismos rostros que mañana soportarán, con auténtico masoquismo, un acto de reivindicación de Leautremont, príncipe de las tinieblas satánicas, a cargo de Barral, Guillermo Carnero, Roger Cailloix y algún quite de Castellet y Pere Quart. Pero tal vez fuera hora de poner un cierto orden en estos días de libros y rosas que envuelven el meollo del asunto; ese día 23 de abril de cada año, en el que el público se compra un libro y una rosa con la sensación de buena obra que todo «boy-scout» debe percibir una vez al día y con la sensación de mantener la lógica de la tradición que va hilvanando el rosón de Reyes, el «tortell» con sorpresa del día de San Antonio Abad, la «mona» pascual, el tarro de miel y arropo adquirido en la feria de Sant Ponç, la rosa y el libro, comulgar una vez al año y comprarse una parcela a plazos.

## Santa Ava

Un libro firmado por un autor que tardó dos años en nacer.

Este parto de elefante ha dado lugar en este mundo a Cargenio Triás. Luis Carandell lee el sermón de presentación en la capilla Anthropos, ante una reidora concurrencia en la que sólo contrasta la seriedad de Alberto Puig Palau y de Joan de Sagarra. (El primero es un ex mecenas de gitanos, ex corredor automovilístico, actor de películas de Gonzalo Suárez y según unos ex millonario, según otros millonario en ejercicio; en cuanto al segundo, es el columnista más irritante de la ciudad, inventor de patufetismo-leninismo y un auténtico chulo sentimental.)

Carandell da un brillante curso de hagiografía sobre la hipotética vida de San Cargenio de Castelandolfo, santo que padeció, sobre todas, la tentación de la soberbia, que abrazó el siglo y co-

metió el pecado de montar un pornográfico estudio fotográfico para la reproducción de escenas de martirios. Finalmente, Carandell, que nos ha sorprendido a todos por la profundidad de sus conocimientos, no sólo hagiográficos, sino también litúrgicos, lee la oración a San Cargenio, que es coreada por la asistencia (menos por Alberto Puig Palau y Joan de Sagarra). Malas lenguas decían que Cargenio Triás es un ser bifronte formado por los hermanos Carlos y Eugenio Triás (el autor de *La Filosofía y su Sombra*) y allí estaban todos los hermanos Triás, casi tan abundantes como los Goytisolo y con equivalentes talentos. Eugenio, caracterizado de Nietzsche, pero de un Nietzsche convertido en «croupier» de «ferry-boat» de servicio en el Mississippi; Carlos, con aspecto de gran caudillo tártaro, con la horda en reposo en el parking más cercano; otro Triás arcángelico volaba sobre la asistencia con alas de pluma de pato a la naranja. Y entre todos los apretujados culturalizados (desde Guillermina Motta hasta Pau Riba, y desde Juan Marsé hasta José Agustín Goytisolo) destacaba la invisible presencia de Santa Ava de Abbis Abeba, mártir donde las haya, más producto de sueño de Marqués de Sade que ser real o a lo sumo hija de ese cincuenta por ciento de Marqués de Sade que todos llevamos dentro o fuera. El libro, según se dice, es una mala broma que los Triás les han gastado a los forjadores de su mitología infantil: a los muy reverendos y actualmente progresistas Padres Jesuitas.

## Cuba, sí; etc., etc., no

Y al día siguiente, las mismas caras otra vez reunidas, aunque algo más cubanizadas. Es decir, determinados elementos de la *gauche divine* habían sido sustituidos por gentes rigurosamente *gauche*. Así no vemos a Pau Riba, pero sí a Pi de la Serra, que me confirma los éxitos de Raimon en Nueva York. Se sirve ron cubano, porque el libro presentado es de poetas cubanos que han publicado con posterioridad a la revolución. Lo cual no quiere decir —aclara Goytisolo— que todos los poetas sean castristas.

Goytisolo dice que la reciente invasión de Cuba es un truco publicitario de Edicions 62 para que se venda el libro. De pronto, cir-

cula una hoja ciclostilada en la que se denuncia a la empresa por su intención de despedir a dos de sus colaboradores más molestos: Enric Bastardas y Elvira Serra. Es la contestación en plena contestación. Es la catacumba dentro de la catacumba, y alguien dice a mi lado: «Ya es hora que empiece a comprenderse que por encima y por debajo de la reivindicación catalana se debate un problema de lucha de clases».

Malos rumores sobre el pleito Seix Barral. Según parece, los Seix no sueltan ni una colección y si Barral quiere llevarse la Breve, prácticamente ha de prescindir de tres cuartas partes de la indemnización. Barral parece el imperturbable poeta de las nieves, melencundo y blanquibarbado, bebe ron cubano y charla con Rosa Regás. El lugar donde se celebra la reunión se llama El Sot, y se divide fundamentalmente en dos zonas. Abajo, intelectuales y mirones habituales. Arriba, jóvenes contestarios, pero civilizados, beben y practican el arte de desmitificar a los desmitificadores, y se comprueba, una vez más, que el desmitificador que desmitifique a un desmitificador, buen desmitificador susceptible de ser desmitificado será.

## Leautremont

Apenas si hay tiempo para enterarse del resultado del España-Suiza, tomar un bocadillo y acudir al «drugstore», en la hora cero del día D: 23 de abril de 1970.

—Uno a cero. Rojo. Un trallazo impresionante —dice el habitual del código lingüístico de Matias Prats.

Y llega el momento sublime en que Ducasse, más conocido por su nobiliario Leautremont, resucitará en pleno paseo de Gracia en una nave-terrazza-marquesina llena de los mirones habituales, intelectuales casados (son las doce de la noche), algún boquiabierto taxista y golfillos nocturnos que superan el hipnotismo que les causa la presencia de Carlos Barral, con un:

—Mira, tú; parece un santo.

—¿Un santo? Si tiene cara de malo.

Sobre el «boulevard», un tenderecete con libros y autores haciendo la calle en espera de la dedicatoria redentora. Dentro de la nave, Barral rompe el fuego sin más compañía inicial que Carnero y Castellet. Gimferrer, otro de los



Hacia el mediodía, los escritores aparecen con mala conciencia de malos protagonistas de una mala comedia. Los hay con traje de primera comunión. Se plantean auténticas situaciones de coexistencia pacífica y reconciliación nacional. Así, en el mismo tenderete firman Nuria Pompeya, Salvador Paniker, José María Gironella, Benguerel, Mercedes Salisachs, Francisco Candel, Robert Saladrigas, Cristóbal Zaragoza, Torcuato Luca de Tena, Vázquez Montalbán, etc., etc. De pronto se presenta el excelentísimo señor ministro de Información y Turismo.

Por los altavoces del tenderete un locutor transmite entrevistas a los escritores. Misión del escritor. Premios literarios. El argumento de la obra...

Salvador Paniker llega un tanto enfermizo y dice que el cuerpo humano está hecho por un pésimo carpintero. Nuria Pompeya firma ejemplares de su triste y loca obra.

—¿Habéis observado lo mutuamente amables que han estado Sánchez Bella y Torcuato Luca de Tena?

La autora de un libro de jardinería opina que la decoración floral es cosa de mujeres. Afortunadamente, María Aurelia Cap-

many está en la otra punta del tinglado.

## La tarde

Por la tarde ya se sabe que los libros más vendidos siguen siendo «Los españoles y los siete pecados capitales», «Cien españoles y Dios», «Conversaciones en Madrid», etcétera, etcétera. Entre las novedades, muy bien lo de Brossa, lo de Pere Quart, lo de Nuria Pompeya, todo lo de Terenci Moix, que desde Roma ha acertado magistralmente en el toque publicitario del día.

No sé lo que se habrá vendido el libro: «Así se fundó Carnaby Street», de Leopoldo María Panero, probablemente muy poco. Pero creo que es uno de los más hermosos libros aparecidos en este día.

«Llueve, llueve sobre el País del Nunca Jamás», escribe Panero.

No. Hace sol, un espléndido sol sobre el País del Nunca Jamás y hace calor en las librerías atiborradas de público, en las que invariablemente te encuentras a Pere Quart en busca de un asiento para sus pies cansados, sus pies septuagenarios que han encontrado por fin la ruta de las vacaciones pagadas.

ponentes, brilla por su ausencia y alguien la atribuye a que todavía no se ha recuperado de la sorpresa producida por el anuncio periodístico aparecido a aquella misma tarde en «Tele-Exprés»: «Terenci Moix se ha casado en Roma con una modelo alemana».

—¿Con lo feo que es Terenci! —dice una doncella acalcatinada.

—Pero es muy cariñoso —dice una cuarentañera no menos acalcatinada.

Los calcetines son la piedra filosofal de la revolución biológica.

## Carlos Barral presenta: Leautremont, príncipe de las tinieblas satánicas!!

El joven Carnero tiene una noche sádica, y, con una impertinente voz de mozalabete que se ha leído todos los tomos del Espasa, asegura que Barral siempre le toma el pelo al público (lo dice en tono elogioso) y asegura que el público, en definitiva, es lo que espera y se merece.

—Todos nosotros —dice el muchacho—, que pertenecemos a la burguesía ascendente...

Craso error. La burguesía es una clase descendente desde hace bastantes décadas, y Eugenio Trias me mira con sorpresa de burgués descendente súbitamente rehabilitado.

Castellet no está de acuerdo con la vigencia de Leautremont.

Roger Calloix se sulfura ante el tonillo autosuficiente, aunque desafinado, del joven Carnero.

Pere Quart opina y es aplaudido.

En un rincón, los cuñados Goytisolo-Carandell oyen los toros desde la barrera y Luis Carandell propone irrumpir en el acto al grito de: Las vacas del pueblo ya se han «escapao».

## Es el día de la rosa

Nada más amanecer, las aceras aparecen cubiertas por tenderete, que duplican las librerías cercanas. La ciudad se convierte en un mercado librero inmenso y el rito de la compra del libro y de la rosa inicia su peregrinar.

Un libro y rosa para lavar la mala conciencia por todos los libros que no se compraron y todas las piernas de la mujer del prójimo que impunemente se contemplaron durante un año de voyeurismo.

JOAN OLIVER = PERE QUART



—Han secuestrado el libro del padre Dalmau, la réplica al libro «Camino», de Escrivá de Balaguer.

La noticia es contradictoria. Por algunas librerías sí han pasado a recoger el libro. Por otras, no.

«Ha muerto el inventor del DDT —escribe Panero—. Se llama Oscar Frey, y aunque su descubrimiento no tuvo la trascendencia de los de un Koch, un Pasteur o un Fleming, bien merece que le recordemos, pues gracias a él nuestros hijos tal vez nunca lleguen a saber lo que eran los tormentos de la picadura de una chinche o de una pulga».

Joan Brossa dedica un fascículo de poemas a Nuria Pompeya (señora Paniker). Escribe: «A Nuria de Panic» (A Nuria de Pánico). Es el día de la Rosa, no lo olvidemos.

## Cuando silenciosa la noche misteriosa

Cuando silenciosa la noche misteriosa envuelve con su manto la ciudad, se desguazan los primeros tenderetes, pero aún insisten en su reclamo algunas librerías.

Mañana, los barrenderos empujarán, con desidias caídas, fajas anunciando el milagro de las ediciones repetidas o de los escritores-descubrimiento. Se llevarán también el blando ruido de tanta rosa ajada que no cumplió su destino de jarroncillo con agua y aspirina taxidermista.

Mañana esta ciudad volverá a ser la de Ferias y Congresos. Mañana, los empleados y técnicos de cierta empresa constructora volverán a negar sus coches para trasladar al obrero caído de un andamio. Mañana, los mirones habituales recuperarán la obligación de inventarse el argumento del día. Los escritores seguirán dando cabezazos contra el muro de las lamentaciones. Los maridos descendentes buscarán la rosa en las muchachas doradas por los primeros soles picantes. Terminará la tregua blanda y musical de este día del Libro, de este monstruoso monumento a la hipocresía cultural de unos cuantos millones de cadáveres. Y no será cierto lo que Leopoldo María Panero cuenta en su libro:

«Al amanecer, los niños montaron en sus triciclos y nunca regresaron». ■ M. VAZQUEZ MONTALBAN.